

Entendido de este modo, el *agón* griego es, utilizando una expresión de Tuncel, «la Gestalt que da lugar a la filosofía de Nietzsche» (p. 84). Al igual que el atleta, Nietzsche sólo buscó competidores que fueran dignos para enfrentarlos de una forma individual que pudiera ser públicamente evaluada. Sólo de este modo podría comprobar por sí mismo, y mostrar a los demás, su valía y honor como filósofo, es decir, como competidor en esa competición intelectual-argumentativa que es la filosofía. A su vez, sólo de este modo experimenta el filósofo el verdadero sufrimiento a raíz del cual emerge todo verdadero filosofar que quiera dar sentido a ese ser-ahí en que nos encontramos.

Considerando todo lo dicho hasta ahora, queda clara la originalidad de la interpretación que Yunus Tuncel ofrece de una de las figuras más importantes del pensamiento contemporáneo: Nietzsche. A mi juicio, el Nietzsche de Tuncel es esencialmente un atleta, un deportista, que quiere salir victorioso de la contienda en que está embarcado. Sin embargo, al igual que todo enfrentamiento, incluida la guerra, existen unas normas que determinarán públicamente quién es el vencedor que merece recibir los honores. Parece claro que Nietzsche se concibió como el ganador absoluto de la empresa en que se embarcó. Nosotros tenemos más dudas en afirmar tal cosa, sin embargo, lo que no puede ponerse en cuestión, siguiendo la interpretación de Tuncel, es que, al menos, Nietzsche siguió las reglas del juego, es decir, «jugó limpio». Por lo tanto, si se me pidiera un título para esta reseña, éste sería: «Nietzsche: el filósofo deportivo por excelencia».

Francisco Javier López Frías
Universidad de Valencia

Patrick Wotling, *Le vocabulaire de Nietzsche*. Paris: Ellipses, 2013, 87 pp.
Jean-François Balaudé y Patrick Wotling, «*l'art de bien lire*». *Nietzsche et la philologie*, París: Vrin, 2012, 298 pp.

La primera obra, un pequeño diccionario en el que de una manera clara y concisa se explican los términos principales de la filosofía de Nietzsche, es un instrumento útil para todos aquellos que se acercan a su pensamiento sin tener claro su lenguaje. En realidad, un filósofo llega a ser inteligible en su vocabulario o en el vocabulario común que él se apropia. Es cierto que uno de los problemas principales de la inteligibilidad del pensamiento radical de Nietzsche está en su lenguaje, en un lenguaje que en su radicalidad quiere transformar y superar el lenguaje de la metafísica que determina la cultura y el modo de comportarse del hombre. Por otra parte, el lenguaje es portador de valores, por lo tanto, la transvaloración de todos los valores implica una transformación del lenguaje. De ahí que cuando se quieren definir los conceptos de la filosofía de Nietzsche hay que tener en cuenta que la empresa intelectual que aborda supone como paso previo la creación de un «nuevo lenguaje», nuevas formas de expresión filosófica y un léxico filosófico que va más siempre más allá del nivel de expresión. Así pues, la filosofía de Nietzsche perdería toda la tensión creativa que genera, si nos olvidásemos de su reflexión radical sobre el lenguaje, y de la perspectiva estética y fisiológica desde la que lo piensa. Para comprender su crítica a los problemas tradicionales de la metafísica y de la epistemología, es imprescindible contar con esa guía hermenéutica que es su crítica radical del lenguaje que a modo de *estrategia* constituye un instrumento adecuado para cuestionar los valores culturales de nuestra

civilización occidental y su decadencia. El ajuste de cuentas de Nietzsche con la filología quedó definitivamente sellado en su primera obra, *El nacimiento de la tragedia*, y en la polémica que posteriormente generó¹; con la filosofía había que revisar los comienzos, es decir, era preciso establecer como elementos operativos aquellas instancias contra las que la filosofía, a partir del giro socrático, había luchado contundentemente: el mito, la poesía, el arte, la elocuencia, el estilo, etc. Pero detrás de todo esto aparecía con clara nitidez una preocupación genuina y fundamental, que polarizaba todos los demás problemas: era el *problema del lenguaje*, su origen, su fundamento inconsciente, su valor artístico, su fuerza instintiva, su carácter figurativo y trópico y, sobre todo, la fuerza y poder que oculta. Sin embargo, Nietzsche no duda en polarizar dicha problemática desde la «óptica del arte», porque sólo así sería posible articular un nuevo paradigma lingüístico capaz de liberar a la filosofía de las redes de un lenguaje que con el uso ha perdido todo su valor creativo.

En la introducción de esta primera obra Patrick Wotling justifica la necesidad de un libro de estas características por muchas razones. El «nuevo lenguaje» que Nietzsche inaugura nos provoca para sumergirnos en una lógica expresiva también nueva, que da que pensar. Citando un texto de Nietzsche «Ponemos una palabra donde comienza nuestra ignorancia, — donde no podemos ver más allá, p. ej., la palabra ‘yo’, la palabra ‘hacer’, la palabra ‘padecer’: son quizás líneas del horizonte de nuestro conocimiento, pero no ‘verdades’» (FP IV 5[3]). Y de una anera práctica el autor nos acerca a ese «vocabulario» especial que anima la filosofía de Nietzsche siguiendo un orden alfabético, partiendo del principio de que «un filósofo no es inteligible más que en su lenguaje, en su vocabulario propio o en el vocabulario común que él se apropia». Cada uno de los conceptos que se incorporan comporta tres niveles: 1) la definición básica; 2) el enfoque científico y 3) un enfoque más libre, permitiendo una interpretación más amplia, de tal manera que cada una de las nociones tenga su eco en el seno del sistema.

El segundo libro, «*l'art de bien lire*». *Nietzsche et la philologie*, se puede considerar como un complemento del anterior, pues en definitiva la finalidad de ambos libros es que el lector aprenda a «leer» a Nietzsche. De este modo, si el libro anterior trataba de recoger aquellos conceptos-ideas principales de la filosofía de Nietzsche, para exponer su sentido en diversas perspectivas, en este libro de colaboraciones dirigido por P. Wotling y J. F. Balaudé, nos presentan también puntos de vista distintos sobre la importancia de la filología en la obra de Nietzsche y en la lectura de sus escritos. La filosofía para Nietzsche no era sino la filología continuada por otros medios, pues en última instancia la filología es el «arte de leer bien», y una de las preocupaciones de Nietzsche era precisamente el «saber leer» sus ideas más allá del texto, en el contexto de sus vivencias y experiencias. Es cierto que Nietzsche reprochó a los filósofos que les «faltaba filología», aunque parezca paradójico el hecho de que él mismo sellase su giro filosófico con aquella expresión latina de Séneca reinterpretada, *philosophia facta est quae philologia fuit*. Es decir, la constricción científica de sus energías pasionales e intuitivas se quebraba para dejar vía libre al arte, a la poesía y a la filosofía. Sin embargo lejos de referirse a esta actividad en un sentido puramente negativo y crítico, la eleva al rango de camino de acceso obligado al ejercicio riguroso del pensamiento, de tal maneja que para sus propios escritos la considera como una condición necearía para comprenderlos. Los prologuistas citan con buen acierto el texto de una de las notas que escribe sobre Zaratustra: «Yo quería

1. Sobre el contexto de la polémica sobre *El Nacimiento de la tragedia*, cf. mi trabajo introductorio a *Nietzsche y la polémica sobre El nacimiento de la tragedia*, Málaga: Ágora, 1994, pp. 9-44.

saber si este libro había sido entendido por alguien: sus trasfondos forman parte de mi más personal propiedad. Zaratustra tiene en contra suya las estimaciones de valor de un par de milenios; no creo en absoluto que alguien hoy esté en condiciones de oír sonar su sonido completo: su comprensión presupone también un trabajo filológico, y más que filológico, tal que hoy nadie se dedicará a él, por falta de tiempo» (FP III 38[15]). El mejor ejemplo que tenemos de cómo utilizar la filología es el ejercicio práctico de *El nacimiento de la tragedia*, esa «polifonía contrapuntística» que pretendía seducir a los oídos más duros, venía a consagrar, como en una profesión de fe, la meta de sus esfuerzos. Con este libro quería hacer ver que toda actividad filológica tiene que estar siempre impregnada de una concepción filosófica del mundo, en la que los menudos problemas de la interpretación y la crítica fueran subsumidos por una visión artística cuya finalidad no es otra que la de «iluminar la propia existencia», pues, en última instancia, «la existencia del mundo sólo se puede justificar como fenómeno estético». Para que la filología clásica sea creativa, Nietzsche piensa que debe convertirse en una «filología filosófica», entendiendo por filosofía una actitud espiritual, una vivencia, y no un mero asunto del saber. Pero la creatividad del filólogo depende de la fuerza del instinto, capaz de hacer surgir nuevos mundos de un panorama aparentemente conocido como el de la antigüedad griega. Ahora bien, reconciliar la frialdad de la razón y la lógica que cultiva la ciencia objetiva con el sentido irracionalista y poético de la vida (el espíritu dionisiaco) es la tarea titánica que se impone Nietzsche. El resultado son singulares «centauros»: «ciencia, arte y filosofía crecen tan juntos ahora en mí que algún día voy a parir centauros», escribía a su amigo Rohde. Era un difícil equilibrio que no tardaría en romperse, primero bajo la máscara de Dioniso y luego bajo la de Zaratustra.

En este volumen hay colaboraciones de notables especialistas en la filosofía de Nietzsche: J. F. Balaudé, B. Nenoit, E. Blondel, G. Campioni, C. Denat, M. Dixsaut, Kathleen M. Higgins, S. Marton, G. Métayer, C. Piazzesi, C. Rapp, Robert C. Solomon, W. Stegmaier, P. Wotling. Las colaboraciones de esos autores han sido agrupadas en las siguientes temáticas: la filología frente a la cultura griega; la filología y la psicología; la filosofía como método; los objetos de la filología desde los preplatónicos a los modernos; leer según Nietzsche y leer a Nietzsche. Este conjunto de ensayos nos permite una vez más pensar la vertiente filológica del pensamiento de Nietzsche para poder, en última instancia, practicar «el arte de leer bien».

Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga